

horizontes para su mayor gloria. Y por eso completa su pensamiento de hacerlo todo *por Cristo, con El y en El* diciendo en un verdadero transporte de amor:

«Quiero repetiros sin cesar este grito arrancado de lo más hondo de mi alma: Padre, glorificad continuamente a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos» (cf. Jn. 17,1).

Creemos que con este «grito arrancado de lo más hondo de su alma» alcanza la oración que estamos comentando su *punto culminante* y la *máxima expresión* de todas sus ansias y deseos. Es forzoso que nos detengamos un poco para desentrañar, en lo posible, su profundísima significación.

El alma se inspira directamente en las palabras que el mismo Cristo pronunció al comenzar su incomparable «oración sacerdotal» en la noche de la Cena: *«Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti»* (Jn. 17,1).

Según los mejores teólogos y exégetas católicos, con esas palabras Cristo pedía a su Padre la glorificación de su Humanidad santísima después de su resurrección con aquella gloria

que, como Verbo eterno, tuvo cerca del Padre antes de que el mundo existiese. He aquí el pasaje evangélico con todo su inmediato contexto:

«Esto dijo Jesús, y levantando sus ojos al cielo, añadió: Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Ya que le has dado poder sobre toda carne, que dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorificame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes de que existiese el mundo» (Jn. 17,1,5).

He aquí el comentario de la exégesis católica⁵⁸:

«El motivo de dirigir esta oración es que llegó “la hora”. Varias veces en su vida alegó para obrar de determinada manera que aún “no había llegado su hora” (Jn. 7,30; 8,20). Esta es la “hora” de su muerte, como se ve por el contexto, la hora que El había deseado tanto

58. Cf. BIBLIA COMENTADA, por los profesores de Salamanca, vol. V: *Evangelio*, BAC (Madrid, 1964), pp. 1.258-60).

(Lc. 12,50).

Cristo va a orar como hombre. En este sentido El podía pedir al Padre que le concediese lo que era donación divina. La oración de Cristo en esta primera parte es la siguiente: «*Que el Padre glorifique al Hijo para que así el Hijo glorifique al Padre*» (v. 1). ¿Qué «glorificación» pide aquí Cristo? La palabra «gloria» (dóxa) es susceptible de múltiples significaciones. Pero aquí queda bien definida por su «paralelo» del versículo 5: es la «gloria» que tuvo junto a su Padre antes de que el mundo existiese. ¿Qué «gloria» es esta que Cristo tuvo junto a su Padre en la eternidad?

Para San Agustín es la «predestinación», que hizo el Padre en la eternidad, de glorificar un día la *humanidad* de Cristo...

Otra interpretación, la más común, es la que sostiene que aquí se trata de la *divinidad* de Cristo...

Si se interpreta esta «glorificación» de la «predestinación», Cristo pide al Padre que le conceda a su *humanidad* el irradiar ahora la divinidad a través de la humanidad.

Si se interpretan estos versículos de la *divinidad*, no pudiendo ser «glorificación» de la divinidad en sí misma, pide la glorificación de su humanidad. Esta glorificación de la humanidad ha de ser glorificada «con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiese».

La divinidad quedó como *oculta*, sin irradiarse a través de la humanidad que asumió. Pero ahora, en su fase triunfal, pide que se irradie la divinidad a través de la humanidad. El mejor comentario a esta oración de Cristo por su glorificación son las palabras de San Pablo, al hacer el panegírico de la *kénosis* de Cristo (Flp.2, 5-11)⁵⁹.

Cristo pide esta «glorificación» suya para así glorificar El al Padre. Esta «gloria» que Cristo pide ahora e inmediatamente es *su resurrección* —cuerpo glorioso irradiando la divinidad—, ya que ésta era como la piedra de toque de su misión y la señal que, tomada de Jonás, había dado de estar sólo tres días en el sepulcro. Y que esta «glorificación» que pide aquí es principalmente la resurrección, aunque con lo que esta llevaba anejo, es lo que El mismo dice al salir Judas del Cenáculo: «Ahora ha sido glorificado en El. Si Dios ha sido glorifica-

59. He aquí el pasaje de San Pablo a los Filipenses (*kénosis* de Cristo): «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios; antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres. Y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre». (Flp. 2,5-11).

do en El, Dios también le glorificará a El, y le glorificará *en seguida*» (Jn. 13,31-32). El padre es glorificado en el homenaje de la muerte de Cristo, y le glorificó «en seguida» con su resurrección. Pues con ella verán que el «mensaje» de Cristo era verdad. Así lo comentaba San Agustín: «Resucítame, para que seas manifestado a todo el mundo por mí»⁶⁰.

¡El Padre glorificando al Hijo y el Hijo glorificando al Padre! ¡Sublime misterio de glorificación *infinita*, ante el cual palidecen y desaparecen casi por completo todas las glorificaciones habidas y por haber que puede Dios recibir por parte de todas las criaturas creadas o creables, actuales o posibles, en el cielo, en la tierra y en todo el Universo; puesto que todas ellas no son *nada* comparadas con aquella glorificación *infinita* con la que el Padre glorifica al Hijo y el Hijo glorifica al Padre *en la unidad del Espíritu Santo*!

Porque no hay que perder nunca de vista las últimas palabras que acabamos de subrayar. La glorificación intratrinitaria entre el Padre y el Hijo se hace siempre *en la unidad del Espíritu Santo*, que procede de la infinita *expiración de amor* que se da eternamente entre el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo es, pre-

60. SAN AGUSTIN, *In evang. lo. tract.* tr. 105.

cisamente, el *Amor infinito* entre el Padre y el Hijo, que da origen –por vía de procedencia– a la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Convertirse en eterna «alabanza de gloria» de la Trinidad Beatísima en el cielo y comenzar a serlo ya desde este mundo, constituyó la gran obsesión, el sueño dorado de Sor Isabel de la Trinidad, que convirtió su vida terrena en un verdadero cielo anticipado. Escuchemos la descripción que ella misma nos hace de lo que es o debe ser una «alabanza de gloria» de la Trinidad⁶¹:

«Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad, a fin de que seamos la *alabanza de su gloria*» (Ef. 1,11.12).

Es San Pablo quien habla así, San Pablo instruido por el mismo Dios. ¿Cómo realizar este gran sueño del corazón de nuestro Dios, este querer inmutable sobre nuestras almas; cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas *alabanzas de gloria* de la Santísima Trinidad?

En el cielo, cada alma es una alabanza de gloria del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, puesto que cada alma está fijada en el *puro*

61. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. Retiro «*Le ciel sur la terre*», 13.^a oración: *Una alabanza de gloria*.

amor y ya no vive de su vida propia, sino de la vida de Dios. Entonces ella le conoce —dice San Pablo— como es conocida por El. En otros términos:

Una alabanza de gloria es un alma que permanece en Dios, que le ama con un amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulzura de ese amor; que le ama por encima de todos sus dones, aunque no hubiera recibido nada de El y que desea el bien al objeto de tal manera amado. Pero ¿cómo desear y querer *efectivamente* el bien a Dios si no es con el cumplimiento de su voluntad, puesto que esta voluntad ordena todas las cosas para su mayor gloria? Luego esta alma debe entregarse plenamente, perdidamente, hasta no querer otra cosa que lo que Dios quiera.

Una alabanza de gloria es un alma de silencio que se comporta como una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo, a fin de que El haga salir melodías divinas. Sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce sonidos más bellos aún; por eso quiere verla en su instrumento para mover más deliciosamente el corazón de su Dios.

Una alabanza de gloria es un alma que Dios fija en la fe y en la simplicidad. Es un reflector de todo lo que es El. Es como un abismo sin fondo en el que El puede derramarse y expansionarse; como un cristal a través del

cual pueda El brillar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor. Un alma que permite de este modo al Ser divino satisfacer en ella su necesidad de comunicar todo lo que es y todo lo que tiene, es, en realidad, la alabanza de gloria de todos sus dones.

Una alabanza de gloria es, en fin, un ser siempre en acción de gracias. Cada uno de sus actos, de sus movimientos, de sus pensamientos, de sus aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del *Sanctus* eternal.

En el cielo de la gloria, los bienaventurados no cesan día y noche de exclamar: “Santo, Santo, Santo es el Señor todopoderoso... y adoran prosternados a Aquel que vive por los siglos de los siglos” (Apoc. 4,8).

En el cielo de su alma, la “alabanza de gloria” comienza ya en la tierra su oficio de eternidad. Su cántico es ininterrumpido, porque está bajo la acción del Espíritu Santo que lo obra todo en ella. Y aunque a veces no tiene conciencia de ellos, porque la flaqueza humana no le permite fijarse siempre en Dios sin distracciones, está enteramente metida en la alabanza del amor, en la pasión de la gloria de su Dios.

En el cielo de nuestra alma: *seamos alabanza de gloria de la Trinidad Santa*, alabanzas de amor de nuestra Madre Inmaculada. Un

día el velo caerá y cantaremos en el seno del Amor infinito; y Dios nos dará el nombre nuevo prometido al vencedor. ¿Cuál será? *Laudem gloriae*» (Ef. 1,12).

Todo esto es sencillamente sublime. Pero en la oración que estamos comentando se va mucho más lejos todavía que lo que acaba de decirnos de manera tan impresionante sor Isabel de la Trinidad. Porque no se trata tan sólo de que cada bienaventurado se convierta individual o personalmente en una «alabanza de gloria» de la Trinidad Beatísima, sino de que sea *el mismo Dios quien promueva y arbitre continuamente entre todas las criaturas actuales y posibles nuevos procedimientos de glorificación de las divinas Personas*. O sea, se pide a Dios que con su infinita sabiduría y poder vaya mucho más allá de lo que podrían imaginar o discurrir eternamente todas sus actuales criaturas en su afán incontenible de glorificar a Dios. Eso es lo que el alma ha querido expresar cuando pide al Padre que «glorifique *continuamente* a su Hijo en la unidad del Espíritu Santo *por los siglos de los siglos*» de los mil modos y maneras que le dicte *continuamente* su infinita sabiduría y su infinito amor (por ejemplo, creando nuevos mundos, ampliando los confines del Universo con nuevas criaturas que glorifiquen a Dios, etc.), cosas que escapan

en absoluto al poder y a los deseos de las simples criaturas, aunque gocen ya de Dios en el cielo. Esta petición es tan atrevida y audaz que –como ya hemos dicho más arriba– creemos que con ella alcanza la oración que estamos comentando el momento más álgido y el punto culminante de todas sus ansias y deseos. Imposible ir más lejos en el terreno de todas las posibilidades imaginables.

«¡Oh Jesús, que habéis dicho: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27).

El pasaje del Evangelio de San Mateo que acabamos de citar pone clarísimamente de manifiesto la divinidad de Jesucristo como verdadero Hijo de Dios encarnado, como veremos en seguida. Y forma parte de un contexto tan maravilloso que con razón se ha calificado toda esta perícopa evangélica como «la perla de las palabras de Jesús». Y por la semejanza que tiene con algunos pasajes del Evangelio de San Juan –principalmente con su maravilloso prólogo donde se nos dice que «el Verbo era Dios» (v. 1)– se ha dicho que el pasaje de San Mateo es «un bólido o aerolito caído del cielo de Juan». He aquí el pasaje de San Mateo con todo su contexto:

«Por aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido entregado por mi Padre y *nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo*. Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt. 11,25-30).

De este sublime y emocionante pasaje —que tiene su paralelo parcial en el evangelio de San Lucas (Lc. 10,21,22)—, la oración que estamos comentando recoge únicamente las palabras «Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo».

Con estas palabras proclama Jesús, clarísimamente, su propia divinidad como Verbo eterno de Dios. Escuchemos a Dom Columba Marmión exponiendo con su habitual maestría este gran misterio⁶²:

62. DOM COLUMBA MARMION. *Jesucristo en sus misterios*. 2.^a ed. (Barcelona, 1941), c.3, p. 35-36.

«La fe nos revela el misterio verdaderamente estupendo de ser la fecundidad una perfección divina.

Dios es la plenitud del Ser, el océano sin riberas de la perfección y de la vida. No podemos nunca figurarnos cómo es Dios, pues tan pronto como intentamos hacerlo le atribuimos una forma concreta, y, por consiguiente, con límites. Por mucho que queramos ensanchar esos límites, no alcanzaremos jamás la infinitud de Dios. Dios es el Ser mismo, el Ser necesario, el Ser subsistente por sí mismo, que posee en su plenitud todas las perfecciones.

Pues bien: he aquí una maravilla que nos descubre la Revelación: en Dios hay fecundidad, posee una paternidad espiritual e inefable. Es Padre, y como tal, principio de toda la vida divina en la Santísima Trinidad. Dios, Inteligencia infinita, se comprende perfectamente; en un solo acto ve todo lo que es y cuanto hay en El. De una sola mirada abarca, por decirlo así, la plenitud de sus perfecciones y en una sola Idea, en una sola Palabra, que agota todo su conocimiento, expresa ese mismo conocimiento infinito. Esta Idea concebida por la inteligencia eterna, esa Palabra por la cual Dios expresa a sí mismo, es el Verbo. La fe nos dice también que ese Verbo es Dios, porque posee, o mejor dicho, *es* con el Padre una misma naturaleza divina.

Y porque el Padre comunica a ese Verbo una naturaleza no sólo semejante, sino *idéntica* a la suya, la Sagrada Escritura nos dice que le *engendra*, y por eso llama al Verbo *el Hijo*. Los libros inspirados nos presentan la voz inefable de Dios que contempla a su Hijo y proclama la bienaventuranza de su eterna fecundidad: “Del seno de la divinidad, antes de crear la luz, te engendré” (Sal. 109,3); “Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias” (Mc. 1,11).

Ese Hijo es perfecto, posee con el Padre todas las perfecciones divinas, salvo la propiedad de “ser Padre”. En su perfección iguala al Padre por la unidad de naturaleza. Las criaturas no pueden comunicar sino una naturaleza *semejante* a la suya: *simili sibi*. Dios engendra a Dios y le da su propia naturaleza y, por lo mismo, engendra lo *infinito* y se contempla en otra Persona que es su igual, y tan igual, que entrambas son una misma cosa, pues poseen una sola naturaleza divina y el Hijo agota la fecundidad eterna, por lo cual es una misma cosa con el Padre: “Yo y el Padre somos una misma cosa” (Jn. 10,30).

Finalmente, ese Hijo muy amado igual al Padre y, con todo, distinto de El y Persona divina como El, no se separa del Padre. El Verbo vive siempre en la Inteligencia infinita que le

concibe; el Hijo mora siempre en el seno del Padre que le engendra (Jn. 1,18)».

En esta magnífica explicación de Dom Columba Marmión, aparece claro lo que dice el propio Cristo en el pasaje evangélico de San Mateo que estamos comentando: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo». Sólo el Padre, en efecto, conoce su propia Inteligencia infinita, que es su propio Verbo, y, por la mismísima razón, sólo el Hijo conoce al Padre que le engendra comunicándole su propia divina naturaleza. Es evidéntísimo que al Ser infinito sólo le puede conocer el propio Ser infinito, al menos con un conocimiento perfecto, exhaustivo y total.

Ahora bien: el propio Cristo, el Hijo *único* del Padre, nos dice expresamente que también puede conocer al Padre «todo aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo». Y el autor de la oración que estamos comentando, le coge la palabra y tomando del propio Evangelio la expresión del Apóstol Felipe, le dice con inmenso amor y confianza filial:

«¡Muéstranos al Padre, y esto nos basta»

¡Vaya si esto basta para saciar por completo el hambre y la sed de Dios que experimenta

toda criatura consciente de su dignidad de *hija de Dios* por la gracia santificante! Porque el propio Cristo replicó al deseo de Felipe: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido todavía? *El que me ha visto a mí ha visto al Padre*; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que *yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*» (Jn. 14,9-10).

Ahora bien: si viendo o conociendo a Cristo vemos o conocemos también al Padre, ¿qué más queremos, qué otra cosa podríamos desear o qué podríamos pedirle a Cristo que se pueda comparar con esta sencilla y sublime petición: *¡Muéstranos al Padre y esto nos basta!* Ninguna otra podría ser más provechosa para nosotros y ninguna otra podría serle más grata al propio Jesucristo que, como aparece clarísimamente en el Evangelio, era un *obseso de su Padre celestial*, vivía únicamente para su Padre celestial, no quería hacer nunca su propia voluntad sino únicamente la voluntad de su Padre celestial, etc.

En la vida de Cristo y, por lo mismo, en la vida cristiana de los miembros de su Cuerpo místico, todo debe ordenarse finalmente al Padre celestial. La gloria de su Padre celestial, repetimos, tenía *obsesionado a Cristo*. No quiere que se cumpla su propia voluntad si se ha de oponer en lo más mínimo a la de su Padre (Mt. 26,39); trabaja únicamente por agradarle

(Jn. 8,29); vive únicamente por El y para El (Jn. 6,58); y si, llegado el momento, pide a su Padre que le glorifique, es únicamente para que El pueda glorificar también la Padre (Jn. 17,1). La primera palabra que de Jesús niño recoge el Evangelio es ésta: «¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» (Lc. 2,49); y la última que pronunciaron sus labios moribundos en lo alto de la cruz fue esta otra: «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc. 23,46). Jesucristo vivió y murió pensando en su Padre celestial.

El cristiano ha de parecerse a su divino Modelo en todo, pero principalmente en esta aspiración continua a su Padre celestial. San Pablo nos lo recuerda clara y expresamente al decirnos –estableciendo con ello la jerarquía de valores en todo cuanto existe–: «Todas las cosas son vuestras; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios» (1 Cor. 3,22-23). Y un poco más adelante, en la misma epístola, completa su pensamiento cuando escribe: «Es preciso que El (Cristo) reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies... Pero cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, *para que sea Dios todo en todas las cosas* (ibid. 15,25-28)». La gloria de Dios es el fin último, absoluto, de toda la obra divina de la creación del mundo, redención y glorifica-

ción del género humano. En el cielo es donde se cumplirá en toda su perfección e integridad aquello de San Juan de la Cruz: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

Esta gloria de Dios, como es obvio, no pertenece exclusivamente a la persona del Padre. Es la gloria de la *divinidad*, del Dios Uno y Trino de la revelación. Por consiguiente, esa gloria que recibe el Padre por Cristo, con El y en El, pertenece también al Espíritu Santo, lazo divino que une al Padre y al Hijo en un inefable vínculo de amor que los consuma a los tres en la unidad de una misma esencia.

Sólo falta, por consiguiente, una invocación final al Espíritu Santo para cerrar con broche de oro la preciosa oración que estamos comentando. Es la siguiente:

«Y Vos, ¡oh Espíritu de Amor! “enseñadnos todas las cosas” (Jn. 14,26) y formad con María en nosotros a Jesús (cf. Gal. 4,19) hasta que seamos “consumados en la unidad” (Jn. 17,23) en el “seno del Padre”» (Jn. 1,18). Amén.

Vamos a examinar por separado cada una de estas peticiones, llenas de profundísimo sentido espiritual.

1.^a Enseñadnos todas las cosas.

En su maravilloso sermón de la Cena, Jesús les dice a sus apóstoles que el Espíritu Santo «*les enseñará todas las cosas* y les traerá a la memoria todo lo que El les ha dicho (Jn. 14,26), les guiará hacia la verdad completa y les comunicará las cosas venideras (Jn. 16,13); glorificará a Cristo porque tomará de lo de El y lo dará a conocer a los apóstoles» (Jn. 16,14).

San Pablo precisa maravillosamente la teología del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios y de Cristo (Rom. 8,9-14; 1 Cor. 2,10-14; 2 Cor. 3,17), su operación es la misma que la del Padre y del Hijo (1 Cor. 12,3-13; 6,11; Tit. 3,4-7) y hace a los justos templos de Dios y del propio Espíritu Santo (1 Cor. 6,19; 3,16). Para los fieles es el principio de la vida en Cristo (Rom. 1,4; 8,116.22-27; Gal. 4,6; 6,7-8; Ef. 4,1-6), si bien es cierto que vivir en Cristo y en el Espíritu son una misma cosa. Es el distribuidor de todo don (1 Cor. 12,3-13); escudriña los secretos de Dios (1 Cor. 2,10); es el don por excelencia (Rom. 5,5); nos mueve de forma que agrademos a Dios (Rom. 8,9) y no debemos contristarle jamás (Ef. 4,30). El será quien realice la venida definitiva de Cristo (Apoc. 22,17).

Hay que estar muy pronto y despiertos para seguir con toda fidelidad las inspiraciones

del Espíritu Santo «que nos enseña todas las cosas» a todo lo largo de nuestra vida si nosotros no ponemos ningún obstáculo a sus divinas enseñanzas. La fidelidad a la gracia, o sea, a las inspiraciones del Espíritu Santo, es el gran secreto de la santidad. Es inútil todo lo que se haga o intente si falla este punto básico y fundamental. El alma que quiera santificarse en serio, ha de permanecer atenta a las mociones internas del Espíritu Santo, a fin de no ofrecerles la menor resistencia y secundarlas en todo con la mayor docilidad.

El alma ha de hacer cuanto esté de su parte para que el Espíritu Santo actúe sus siete preciosísimos dones que la elevarán rápidamente hasta la santidad y perfección más excelsas. Toda alma en gracia posee los siete dones del Espíritu Santo de la que son inseparables. Pero los posee en forma de *hábitos*, que sólo pasan al acto en determinadas circunstancias. El alma no puede actuarlos por sí misma, ya que son instrumentos directos e inmediatos del Espíritu Santo; pero puede *disponerse*, mediante la gracia divina, para que el Espíritu Santo los actúe. Las mejores disposiciones para ello son: profunda humildad, exquisita fidelidad a la gracia, recogimiento, vida de oración, mortificación de los propios gustos y caprichos, perfecta pureza de alma y cuerpo, desprendimiento de las cosas creadas, tierna devoción a la

Virgen María, etc. En general, si el alma se esfuerza seriamente en santificarse, renunciando a mil bagatelas y niñerías que podrían impedirle su total entrega a Dios, el Espíritu Santo suplirá lo que falta con sus maravillosos dones y el alma se remontará con ellos hasta las cumbres más altas de la perfección y unión mística con Dios.

2.ª «Y formad con María en nosotros a Jesús»

Es bien sabido que todo el proceso y desarrollo de la vida cristiana consiste en que el cristiano, hecho ya hijo de Dios y miembro vivo de Jesucristo por la gracia bautismal, se vaya configurando cada vez más con el mismo Cristo hasta transformarse de tal manera en El que pueda con toda verdad repetir las palabras del gran apóstol San Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal. 2,20).

En este proceso de cristificación «hasta formar a Cristo en nosotros» (Gal. 4,19), el Espíritu Santo —su principal artífice— se vale siempre de María como Mediadora y Dispensadora Universal de todas las gracias que Dios concede a los hombres. De Ella se valió el mismo Espíritu Santo para formar en sus entrañas virginales nada menos que al propio Jesús (Lc. 1,35) y de Ella se vale y se valdrá siempre para

formar en nosotros a Jesús *hasta transformarnos en El* si no ponemos obstáculos voluntarios a su divina acción santificadora. Dios hubiera podido hacer las cosas de otra manera, pero las ha dispuesto así, y nosotros no podemos enmendarle la plana al mismo Dios.

Por eso la devoción y el amor entrañable a la Virgen María —la Virgen siempre fiel a las inspiraciones del Espíritu Santo: *Virgo fidelis*— no es un lujo o un complemento accidental en el proceso de nuestra santificación, sino algo absolutamente *esencial* e indispensable, so pena de no llegar jamás a la cumbre de la perfección. Como dice hermosamente San Bernardo «*nada ha querido Dios que tengamos que no pase por las manos de María*»⁶³. Y al razonar teológicamente esta afirmación, escribe bellísimamente el propio San Bernardo, llamado con razón el Doctor Melífluo⁶⁴:

«Contemplad, pues, más altamente con cuanto afecto de devoción quiso fuese honrada María por nosotros aquel Señor que puso en Ella *toda la plenitud del bien*, para que, consiguientemente, si en nosotros hay algo de espe-

63. SAN BERNARDO, *sermón 3.º en la vigilia de Navidad*. n. 10. Puede verse en *Obras completas de San Bernardo*, vol. 1. BAC (Madrid, 1953) p. 247.

64. SAN BERNARDO, *sermón en la Natividad de la Virgen María*. Ibid. ibid. p. 740-742.

ranza, algo de gracia, algo de salud, conozcamos que redunde de Aquella que subió rebozando en delicias. Huerto es, en verdad, de delicias que no solamente inspiró viniendo, sino que agitó dulcemente con sus soberanos soplos aquel Austro divino, sobreviniendo en Ella, para que por todas partes fluyan y se difundan sus aromas, los dones, es a saber, de las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo, ¿cómo podrá haber día? Quita a María, esta estrella del mar, del mar sin duda grande y espacioso, ¿qué quedará sino oscuridad, que todo lo ofusque, sombra de la muerte todo y densísimas tinieblas?

Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque *ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiéramos de María*. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro. Puesto que, mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad. Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con sólo oír su voz, huías a esconderte entre las hojas. El te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de tal Padre? Será oído sin duda por su respeto, pues el Padre ama al

Hijo. Mas recelas acaso llegarte también a El. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dio María. Pero, por ventura, en El también miras con temblor su majestad divina, porque, aunque se hizo hombre, con todo eso permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con El? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda: Ella será oída también por su respeto. Oirá sin duda el Hijo a la Madre, y oirá el Padre al Hijo. Hijos amados, ésta es la escala de los pecadores, esta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de la esperanza mía. ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler o padecer El repulsa? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no; mil veces no. *Hallaste* —dice el ángel— *gracia a los ojos de Dios* (Lc. 1,30). Dichosamente. Siempre Ella encontrará la gracia, y sola la gracia es de lo que necesitamos nosotros. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón; ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. A la verdad, sola es la gracia por la que nos salvamos. ¿Para qué deseamos nosotros, hermanos, otras cosas? Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque Ella en-

cuentra lo que busca y no puede verse frustrada».

Nada se puede decir ni pensar más hermoso y exacto que lo que nos acaba de decir San Bernardo. Y, en realidad, todo ello se resume y compendia en esta súplica que hacemos al Espíritu Santo en la oración que comentamos: «*Y formad con María en nosotros a Jesús*». Eso es todo.

3.^a «Hasta que seamos consumados en la unidad...» (Jn. 17,3)

En su sublime oración sacerdotal pronunciada en la noche de la Cena momentos después de haber instituido la Eucaristía, Jesucristo pidió a su Eterno Padre, con un rotundo *¡quiero!* (vers. 24), que todos los que crean en Él sean «consumados en la unidad» en un doble sentido: de los fieles entre sí, y de todos ellos con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Es una petición sublime e inaudita, la más alta a que puede remontarse una pura criatura, fuera de la unión personal o *hipostática* que es propia y exclusiva de la humanidad de Cristo.

He aquí, con todo su inmediato contexto, las palabras mismas de Jesús, tal como nos las transmite San Juan en el capítulo 17 de su Evangelio, versículos 20 al 24:

20. Pero no ruego solamente por éstos (los Apóstoles), sino por cuantos crean en mí por su palabra. 21. Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. 22. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. 23. Yo en ellos y tú en mí, *para que sean consumados en la unidad*, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí. 24. Padre, *quiero* que donde yo esté estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo».

Este es el maravilloso texto evangélico. Hagamos un breve comentario exegético de cada uno de sus versículos⁶⁵.

20. *Pero no ruego solamente por éstos (los Apóstoles) sino por cuantos crean en mí por su palabra.*

Estas palabras tienen una trascendencia universal. Conforme a su misión de Redentor de todo el género humano, Jesús atraviesa con

65. Cf. BIBLIA COMENTADA, por los profesores de Salamanca, vol. V. *Evangelio*, BAC (Madrid, 1964); LA SAGRADA ESCRITURA, por los profesores de la Compañía de Jesús, I, *Nuevo Testamento*, BAC (Madrid, 1961).

su mirada divina todos los siglos y pide por todos los que han de creer en El por la palabra de los Apóstoles o por la de sus sucesores hasta el fin del mundo.

21. *Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea, que tú me has enviado.*

Se trata de una doble unión: de los fieles entre sí («que todos sean uno»), y en unión con el Padre y el Hijo («que sean también uno en nosotros») y, por consiguiente, también con el Espíritu Santo, unido al Padre y al Hijo en la unidad de una misma esencia o naturaleza. La unidad del Padre y del Hijo con el Espíritu Santo se presenta en una triple relación: de conocimiento, de amor y de inmanencia recíproca, y aquí aparece como *ejemplar* de la unidad cristiana. Esta unidad cristiana tiene también una finalidad apologética o apostólica: «Para que el mundo crea que tú me has enviado».

22. *Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno.*

De dos maneras ha dado o comunicado Cristo a sus discípulos la «gloria» que el Padre le dio a El: a) manifestándoles su divinidad (milagros, voz del Padre en el Monte Tabor y en el bautismo de Jesús, etc), y b) haciéndoles verdaderamente *hijos de Dios*, mediante la gra-

cia santificante que les da una participación misteriosa pero realísima *de la misma naturaleza divina* (2 Pe. 1,4). Esto supuesto, se explica muy bien que esa «gloria» –la gracia santificante– produzca la unión de los creyentes, ya que la gracia lleva siempre consigo la *caridad sobrenatural*, que establece la unión más honda y entrañable del hombre con Dios y con todos los demás hombres⁶⁶.

23. *Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí.*

Este es el momento culminante de la oración sacerdotal de Jesús con relación a nosotros.

Se trata de una *consumación en la unidad de los cristianos con la divinidad* a través de Cristo-Hombre: «Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad». Se trata de una unión o unidad muy real y verdadera, pero no en sentido panteísta –sería una herejía– sino en sentido puramente *místico*, que en este mundo alcanza su máximo exponente en la llamada «unión transformativa» o «matrimonio espiritual» tal como lo describen Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, entre

66. Cf. II-II, 25, 27; I Jn. 3,13,23; 4,7-21; I Cor 10,19.

otros grandes místicos experimentales. Esta unión *consumada* del alma con Dios tiene su fundamento en esta vida en la *inhabitación de la Santísima Trinidad* en el alma del justo (Jn. 14,23), que se va haciendo cada vez más profunda y consciente hasta alcanzar las cumbres de la «unión transformativa», si el alma no pone obstáculos voluntarios a la acción santificadora del Espíritu Santo. Esta unión transformativa o «matrimonio espiritual» es la unión más alta y sublime que puede alcanzar en esta vida una pura criatura, solamente superada por la unión personal o *hipostática* que es propia y exclusiva de la humanidad de Cristo.

24. *Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplen mi gloria, que tú me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo.*

La perspectiva de este versículo es claramente escatológica. Jesús se va al Padre; los discípulos se quedan en el mundo. Pero la separación es temporal. La unión definitiva consistirá en permanecer eternamente juntos «en el Padre». Es de gran interés destacar el *quiero* con que Cristo se dirige ahora al Padre en sustitución del *ruego* del versículo 20. *Quiero* es más que un simple deseo, es la expresión de su voluntad absoluta. Repetidas veces había dicho Cristo que había venido, no para hacer su

voluntad, sino la del Padre celestial, conforma su querer absoluto con ella. Quiere el sacrificio que le impone el Padre y el fruto que pretende el mismo Padre: la salvación eterna de los que el Padre le ha dado. Tiene sentido universal y profético, que abarca a todos los creyentes. El *quiero* absoluto de Cristo tiene sentido de elección y llamamiento *eficaz*, que no puede faltar: «Quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado».

Y los quiere «para que contemplen mi gloria». Se refiere a la gloria que Cristo tiene como *Señor*, sentado a la derecha del Padre, o sea, la que le corresponderá en el estado glorioso que seguirá a su Ascensión al cielo. Y habla de ella como de cosa ya presente: «La que me has dado», en sentido profético perfecto, como de una cosa futura completamente cierta que no puede fallar. Esta gloria es la misma que tuvo eternamente el Verbo antes de la encarnación, porque Dios amó eternamente a su Hijo, no sólo en cuanto Dios, sino incluso en cuanto Hombre que había de comenzar a existir en el tiempo al nacer de la Virgen María. Por eso dice que le amó incluso «antes de la creación del mundo».

Esta petición prepara el terreno y encaja perfectamente con la última de la «Elevación a la Trinidad» que estamos comentando. Es la siguiente:

4.^a «... en el seno del Padre» (Jn. 1,18)

San Juan termina el prólogo de su Evangelio con estas palabras:

««Dios Unigénito, *que está en el seno del Padre*, éste nos lo ha dado a conocer»

Escuchemos, en primer lugar, el comentario exegético de un gran especialista⁶⁷:

«Al decir que nadie ha visto jamás a Dios, alude San Juan a una convicción muy arraigada en el Antiguo Testamento, según la cual nadie puede ver a Dios sin morir (cf. Ex. 33,20; Jud. 13,22, etc.). No le vio, pues, ni Moisés (Ex. 33,22-23) ni Isaías (Is. 6,1-5). No vieron a Dios directamente o con visión facial; lo que contemplaron fueron simples teofanías simbólicas. Es evidente que la naturaleza divina es inaccesible al ojo humano (1 Jn. 3,2). La razón teológica es del todo clara y definitiva: Dios es espíritu y el espíritu no puede ser captado por un órgano corporal⁶⁸.

Pero lo que los hombres no han podido ver

67. P. BOISMARD, O.P. *Le prologue de Saint Jean* (ed. du Cerf. París, 1953), que es el mejor estudio realizado hasta la fecha sobre dicho prólogo.

68. Cf. I, 12,3.

jamás, lo ha visto el Unigénito del Padre, que vive en su propio seno. Esta expresión "en su propio seno" es muy frecuente en la Sagrada Escritura para designar una unión muy íntima y entrañable entre dos personas. Así, el niño reposa en el seno de su madre (1 Reg. 3,20), la esposa sobre el seno de su marido (Deut. 28,54) y el marido sobre el seno de su esposa (Deut. 28,56). Noemí toma al hijo de su nuera y lo estrecha amorosamente sobre su seno (Rut. 4,16). El propio San Juan, en fin, "el discípulo amado de Jesús", se recostó amorosamente sobre el seno de su Maestro en la última cena (Jn. 13,23).

El Verbo de Dios permanece eternamente "en el seno del Padre". Ni siquiera la encarnación pudo desplazarlo de aquel lugar de reposo eterno. Al asumir la humana naturaleza, el Verbo no experimentó el menor cambio ni inmutación. El movimiento ascensional —por decirlo así— afectó únicamente a la naturaleza humana, que fue elevada a la unidad de persona con el Verbo eterno, sin que éste experimentara el menor cambio o saliese un solo instante del "seno del Padre", que le engendra continuamente en el inmutable *hoy* de su eternidad (Sal. 109,3). El Verbo es el único que conoce al Padre en toda su plenitud infinita, puesto que es su propia Idea, su propia Palabra, su propia Imagen perfectísima. Y ese Ver-

bo, Palabra divina del Padre, ha venido a la tierra para darnos a conocer, con palabras humanas, los misterios insondables de la vida íntima de Dios. O también —como leen algunos exégetas las palabras “dar a conocer”— para *conducirnos* al Padre, como consecuencia de nuestra filiación adoptiva que nos trajo el Verbo de Dios»...

«El Verbo existía en Dios. El Verbo y el Padre hacen uno solo. Y el Verbo ha venido a la tierra *para tomarnos a nosotros con El en su retorno al Padre*. Nos ha conducido al “seno del Padre” para que permanezcamos para siempre con El en la unidad del Espíritu Santo».

Estas últimas palabras del P. Boismard nos llevan como de la mano a las últimas de la «Elevación a la Trinidad» que estamos comentando.

En efecto: grande, grandísima es la *consumación en la unidad* del cristiano con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo por la simple posesión de la gracia santificante, que le hace verdadero *hijo de Dios* y templo vivo de toda la Santísima Trinidad; y, sobre todo, la del cristiano que con su constante fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo ha logrado escalar las grandes alturas de la «unión transformativa» o «matrimonio espiritual» de que ha-

blan los místicos experimentales. Pero mil veces por encima de esta íntima unión con Dios, iniciada en la tierra, está todavía *—a millones de años luz—* la consumación definitiva y eterna con la divinidad que el alma bienaventurada alcanzará únicamente en el cielo «en el seno del Padre». Y esa unión consumada, definitiva y eterna es, cabalmente, la que pide el alma como meta final de todos sus anhelos y aspiraciones: «en el seno del Padre».

¡El cielo! La *unión consumada con Dios* a través de la visión, del amor y del gozo beatíficos. ¿Quién podrá, no ya describir, pero ni siquiera imaginar a millones de años-luz semejante maravilla, cuya sublime realidad nos garantiza infaliblemente la divina Revelación?

Baste decir que la visión, el amor y el goce frutivo de Dios —que constituyen la esencia misma de la gloria— y el conjunto maravilloso de goces accidentales que de ella se derivan, saciarán por completo, con infinita y embriagante plenitud, el ansia devoradora de felicidad que atormenta en este mundo al pobre corazón humano. La gloria acallará por completo todos nuestros deseos. Imposible imaginar nada más embriagador que lo que el cuerpo y el alma disfrutarán a pleno placer; imposible aspirar a nada más. La vida del cielo consistirá en la posesión conjunta y perpetua de una felicidad inenarrable, enteramente saciativa.

Y todo ello gracias a Cristo nuestro jefe, nuestra divina cabeza y nuestro hermano mayor. Sin El, las puertas del cielo hubieran permanecido eternamente cerradas para nosotros. Fue El quien las abrió de par en par al precio infinito de su sangre preciosa. Todos los que crean en El tendrán la vida eterna (Jn. 6,47), ya que nadie puede ir al Padre sino por El (Jn. 14,16), ni se nos ha dado otro nombre debajo del cielo por el cual podamos salvarnos (Act. 4,12).

San Agustín resume en tres palabras lo que la pobre inteligencia humana, iluminada por la fe, alcanza a barruntar sobre la gloria del cielo: *veremos, amaremos, gozaremos*.

1. Veremos

No podemos formarnos la menor idea acá en la tierra del tremendo estupor que se apoderará de nuestra alma en el momento de su entrada en el cielo al contemplar por primera vez aquellos horizontes infinitos. El ciego de nacimiento, curado milagrosamente (Jn. 9,1-7), experimentó menos asombro del que nosotros experimentaremos en ese día. Pues Dios, a quien al presente «no vemos sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras, entonces *le veremos cara a cara*» (1 Cor. 13,12) y nos ha-

llaremos «semejantes a El, porque *le veremos tal cual es*» (1 Jn. 3,2).

¡Qué espectáculo! Al Autor de todas las cosas, Creador infinito, Belleza y Bondad supremas, manantial de verdad, origen de toda vida, lo contemplaremos directamente, sin intermediario que lo difumine o desfigure: «Entonces le conoceré a la manera que soy yo conocido» (1 Cor 13,12). La fe quedará cambiada en visión, nuestra esperanza en posesión, quedando sólo la caridad, llama brillante que la visión de Dios tornará devoradora y ardiente como un incendio. Pero los ardores de ese fuego divino, lejos de ser dolorosos, nos proporcionarán delicias incomparables que no tendrán fin, así como Dios tampoco tendrá fin. Satisfacción superabundante de la *inteligencia*, que recibirá una «buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame» (Lc. 6,38) de verdad, de la Verdad eterna y total. Y saciedad total de la *voluntad* sumergida por entero en el Amor infinito de Dios.

Escuchemos a Dom Columba Marmión exponiendo estas mismas ideas⁶⁹.

«En el cielo *veremos a Dios*. Ver a Dios como El mismo se ve es el primer elemento de

69. DON COLUMBA MARMION. *Le Christ Vie de l'Ame* (París, 1930), p. 478

esta participación de la naturaleza divina que constituye la *vida bienaventurada*: es el primer acto vital de la gloria. Acá en la tierra, dice San Pablo, conocemos a Dios únicamente por la fe, de una manera obscura; entonces le veremos *cara a cara* (1 Cor. 13,12). Ahora no podemos saber en qué consiste esta visión en sí misma: pero el alma será reforzada por el "lumen gloriae" –la luz de la gloria– que no es otra cosa que la misma gracia expansionándose en el cielo.

Veremos a Dios con todas sus perfecciones; o, más bien, veremos que todas sus perfecciones se reúnen en una perfección infinita que es la divinidad. Contemplaremos la vida íntima de Dios; entraremos –como dice San Juan– "en sociedad con la santa y bienaventurada Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo" (1 Jn. 1,3). Contemplaremos la plenitud del Ser, la plenitud de toda Verdad, de toda Santidad, de toda Belleza, de toda Bondad.

Contemplaremos también, y para siempre, la humanidad adorable del Verbo encarnado. Veremos a Cristo en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias; veremos al que ha querido ser nuestro "hermano mayor"; contemplaremos los rasgos divinos, ahora gloriosos, de aquel que nos ha liberado de la muerte por su pasión sangrienta, que nos ha dado vivir esta vida inmortal. A El cantaremos eterna-

mente el himno de nuestra gratitud: “Sois Vos, Señor, el que nos habéis rescatado por vuestra sangre y nos habéis establecido en vuestro reino: a Vos la alabanza de gloria” (Apoc. 5,9-13).

Veremos también a la Virgen María, los coros de los ángeles y toda la inmensa muchedumbre de los elegidos que San Juan declara innumerables rodeando el trono de Dios (Apoc. 7,9-11).

Esta visión de Dios, sin velo, sin obscuridad, sin intermediarios, es nuestra herencia futura, la consumación de nuestra adopción divina».

2. Amaremos.

La visión de la divina esencia, con todo lo que ella lleva consigo, saciará nuestra *inteligencia* llenándola por completo de la Verdad infinita. Pero sobre esta expresión inteligible, la expansión del amor infinito beatificará nuestra *voluntad* en grado tal que acá en la tierra nos es imposible imaginar.

«Esta expansión del amor —dice hermosamente el P. Ruiz Amado⁷⁰— será un darse total

70. P. RUIZ AMADO; S.J. *El cielo*, 2.^a ed. (Barcelona, 1924) páginas 56-57.

del alma a Dios; un *transfundirse en la divina esencia por amor*, con deseo infinito de unirse con Dios y diluirse —por decirlo en nuestro grosero modo— en su divino Ser, perdiendo, si posible fuera, el ser personal para no ser sino por identidad con Dios. Esta es la transformación, el *endiosamiento* del alma bienaventurada, el verdadero “vivo yo, pero ya no yo”: *iyó* solamente para amar y entregarme con voluntario entregamiento a mi Dios, y no recobrar-me jamás a mí, sino poseerme en El!

Sólo en la Santísima Trinidad hallamos una imagen, sublimemente oscura, pero divinamente expresiva, de lo que ha de ser este entregamiento unitivo del alma dichosa en el seno de la divina gloria. El Padre, amando al Hijo infinitamente, se da a sí mismo; y el Hijo, correspondiendo al Padre con amor igualmente infinito, se le da a su vez; y este *don* infinito es Dios (el Espíritu Santo) como el Hijo y el Padre; y todos tres son una misma esencia divina, distintos como sujetos y objetos de conocimiento y amor, pero idénticos en el ser absoluto: tres personas y un solo Dios.

Con alguna remota semejanza, el alma bienaventurada conservará la inteligencia para conocer a Dios, y la voluntad para amarle; pero, por el exceso de amor, *se anegará en El*, sin querer conocer ni amar otra cosa alguna

fuera de El, sino conociendo y amando *en El* todo lo demás.

Es aquella divina transfusión y traspasamiento del alma en Dios que balbucearon los más sublimes místicos, haciendo expresar a nuestro lenguaje conceptos que no alcanza apenas el entendimiento angélico».

Si en este mundo —en efecto— la contemplación mística, sobrenatural o infusa, que procede de la fe y de los dones del Espíritu Santo, arrebatara el alma de los sanos y los saca fuera de sí por el éxtasis místico, calcúlese lo que ocurrirá en el cielo ante la contemplación directa y facial de la divina esencia, no a través de la fe, sino clara y abiertamente tal como es en sí misma. El entendimiento del bienaventurado, al ponerse en contacto inmediato con ella, quedará arrebatado en un sublime y altísimo éxtasis, que se prolongará sin interrupción alguna por toda la eternidad. En este sentido podría definirse la visión beatífica *un éxtasis eterno* que, sin embargo, no impedirá en lo más mínimo la plena actividad del bienaventurado con relación a las demás cosas que constituyen en su conjunto la bienaventuranza eterna.

«Aunque bien podrá ser —termina el P.

Ruiz Amado⁷¹— que, como a los que están ardentemente enamorados, se les hace indiferente e insípido todo lo que toca o no dice relación a la persona amada, así los moradores del cielo, de tal manera estén sumergidos y anegados en Dios, que nada apetezcan sino en Dios: conociéndolo en Dios, amándolo en Dios, y gozándose de ello en Dios, y bañándose eternamente en aquel Océano de gozo que de este conocimiento, amor y gozo de Dios rebosará y se derramará, no sólo en el alma, sino también en todas las potencias y sentidos del cuerpo resucitado y bienaventurado».

3. Gozaremos.

Apenas hace falta insistir en este tercer aspecto de la eterna bienaventuranza, pues ¿qué otra cosa se deriva de la visión y del amor beatíficos sino un *gozo desbordante*, que en este pobre mundo jamás podremos comprender ni siquiera imaginar? San Pablo, que fue arrebatado al tercer cielo y contempló un instante la divina esencia mediante una comunicación transitoria del *lumen gloriae*⁷², al volver en sí de su sublime éxtasis no supo decir nada de lo

71. Oc. p. 77.

72. Cf. I, 12, 11 ad 2; II-II, 175, 3-6.

que había visto, por ser del todo *inefable*, o sea, *inexpresable* en lenguaje humano (2 Cor. 12,2-4); tan sólo acertó a decir que «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9).

Del amor beatífico brotará, como una simple redundancia, un *gozo intensísimo* y una *paz inalterable*, que inundarán el alma del bienaventurado de inefable felicidad.

a) EL GOZO. Santo Tomás prueba hermosamente en la *Suma Teológica* que el gozo es un efecto y consecuencia del amor⁷³. Pero como el amor a Dios que experimentan los bienaventurados es intensísimo, hay que concluir lógicamente que el gozo que de él resultará será de la misma intensidad. Es el gozo inefable del que ha alcanzado para siempre su último fin, que consiste en una felicidad inenarrable que nadie le podrá arrebatarse *en el seno mismo de Dios*. Los bienaventurados descansan y se hunden en un océano de gozo, que llena por completo las profundidades de su alma y satisface plenamente las aspiraciones de su corazón, sin que puedan apetecer o desear absolutamente nada más. Es el cumplimiento de aquel «entra para siempre en el gozo de tu Se-

73. Cf. II-II, 28, 1.

ñor» (Mt. 25,21) y de las palabras de Cristo que no pasarán jamás: «Nadie será capaz de quitaros vuestro gozo» (Jn. 16,22).

b) LA PAZ. La paz es otro efecto intrínseco del amor, según el Doctor Angélico⁷⁴. Se define, como es sabido, *la tranquilidad del orden* (San Agustín). En el cielo todo estará en perfectísimo orden. Desde el punto de vista individual, el cuerpo estará perfectamente sometido al alma, y el alma perfectamente a Dios. Entre todos los bienaventurados reinará una concordia entrañable y un orden absoluto. Dios lo será *todo en todas las cosas* (1 Cor. 15,28). Jamás la menor disonancia vendrá a perturbar aquel maravilloso concierto y armonía. El resultado será una paz inefable: la paz de Dios, que «sobrepaja todo entendimiento» (Flp. 4,7) y de la que ahora apenas podemos formarnos una idea oscura, lejana e imperfecta.

Y todo cuanto acabamos de decir: la visión, el amor y el gozo beatíficos se refiere a la gloria del alma, que es, desde luego, la más importante y esencial. Pero también los cuerpos gloriosos tendrán su gloria correspondiente que será una consecuencia y redundancia de la gloria del alma. La gloria del *hombre o perso-*

74. Cf. II-II, 29, 3.

na humana no sería posible sin la gloria del cuerpo, ya que el alma sola no constituye al hombre o persona humana: se requiere la unión sustancial entre los dos.

La teología católica, con serio fundamento en la Sagrada Escritura y en la Tradición cristiana, reconoce en el cuerpo glorificado las cuatro maravillosas cualidades o dotes: la *claridad*, que la hace más brillante que el sol; la *agilidad*, por la que puede trasladarse a lugares remotísimos con la velocidad del pensamiento; la *sutileza*, por la que podrá atravesar las paredes o una montaña sin necesidad de puerta o de túnel, como el sol atraviesa un cristal sin romperlo ni mancharlo y la *impasibilidad*, que le hará absolutamente invulnerable al dolor, al sufrimiento y a la muerte.

Y hay que hablar también del goce correspondiente a cada uno de los sentidos corporales: vista, oído, olfato, gusto y tacto, cada uno de los cuales experimentará deleites inefables correspondientes a los objetos que le son propios.

No hay, pues, posibilidad alguna de que al entrar en el cielo experimentemos la más mínima decepción. En la sencillez y candor de su amor, decía Santa Teresita del Niño Jesús: «Pienso que, si no estoy bastante asombrada cuando llegue al cielo, fingiría estarlo para alegrar a Dios... No hay cuidado de que deje no-

tar mi decepción; sabré ingeniarme para que no se dé cuenta». Pero estas palabras, lejos de ser la expresión de una duda, estaban inspiradas por la locura de su amor, pues sabía muy bien que en el cielo es imposible experimentar la menor decepción. Y añadía: «Con sólo ver contento a mi Dios, seré completamente dichosa».

Estemos tranquilos. Al entrar en el cielo podremos repetir esta otra frase de la santa de Lisieux: «Ha superado infinitamente todas mis esperanzas».

APENDICE

EL SIMBOLO «QUICUMQUE»

Como resumen y compendio de la doctrina católica sobre el misterio adorable de la Santísima Trinidad, recogemos a continuación el famoso símbolo Atanasiano conocido con el nombre de *Quicumque*, por su palabra inicial en su versión latina que es la primitiva. Atribuido a San Atanasio, su verdadero autor no ha podido ser todavía reivindicado definitivamente por la crítica histórica, pero es ciertísimo que alcanzó desde el principio la más alta autoridad en la Iglesia, lo mismo occidental que oriental, hasta el punto de entrar en la liturgia oficial y de ser considerado como verdadera definición de fe. Helo aquí en su versión castellana más pura:

SIMBOLO ATANASIANO (QUICUMQUE)

1. Todo el que quiera salvarse, es preciso ante todo que profese la fe católica.

2. Pues quien no la observe íntegra y sin tacha, sin duda alguna perecerá eternamente.

3. Y ésta es la fe católica: que veneremos a un solo Dios en la Trinidad Santísima y a la Trinidad en la unidad.

4. Sin confundir las personas, ni separar la substancia.

5. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo.

6. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola divinidad, les corresponde igual gloria y majestad eterna.

7. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo.

8. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

9. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

10. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

11. Y sin embargo no son tres eternos, sino un solo eterno.

12. De la misma manera, no tres increados, ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso.

13. Igualmente omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo.

14. Y sin embargo no tres omnipotentes, sino un omnipotente.

15. Del mismo modo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

16. Y sin embargo no son tres Dioses, sino un solo Dios.

17. Así, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

18. Y sin embargo no son tres Señores, sino un solo Señor.

19. Porque así como la verdad cristiana nos obliga a creer que cada persona es Dios y Señor, la religión católica nos prohíbe que hablemos de tres Dioses o Señores.

20. El Padre no ha sido hecho por nadie, ni creado, ni engendrado.

21. El Hijo procede solamente del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado.

22. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procedente.

23. Por tanto, hay un solo Padre, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

24. Y en esta Trinidad nada es antes ni después, nada mayor o menor: sino que las tres personas son coeternas e iguales entre sí.

25. De suerte que, como ya se ha dicho antes, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.

26. Por tanto, quien quiera salvarse, es necesario que crea estas cosas sobre la Trinidad.

27. Pero para alcanzar la salvación eterna es preciso también creer firmemente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

28. La fe verdadera consiste en que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre.

29. Es Dios, engendrado de la misma substancia que el Padre, antes del tiempo; y hombre, engendrado de su Madre Santísima, en el tiempo.

30. Perfecto Dios y perfecto hombre: que subsiste con alma racional y carne humana.

31. Es igual al Padre según la divinidad; menor que el Padre según la humanidad.

32. El cual, aunque es Dios y hombre, no son dos Cristos, sino un solo Cristo.

33. Uno, no por conversión de la divinidad en cuerpo, sino por asunción de la humanidad en Dios.

34. Uno absolutamente, no por confusión de substancia, sino en la unidad de la persona.

35. Pues como el alma racional y el cuerpo forman un hombre; así, Cristo es uno, siendo Dios y hombre.

36. Que padeció por nuestra salvación: descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos.

37. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso: desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

38. Y cuando venga, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos, y cada uno rendirá cuenta de sus propios hechos.

39. Y los que hicieron el bien gozarán de vida eterna, pero los que hicieron el mal irán al fuego eterno.

40. Esta es la fe católica, y quien no la crea fiel y firmemente no se podrá salvar.

Gloria al Padre...